

Discurso de la señora Defensora de los Habitantes, Ofelia Taitelbaum Yoselewich

Presentación Decimosexto Informe del Estado de la Nación Noviembre de 2010

Recientemente, al leer los alcances del estudio que se nos ofrece hoy, en el documento de el Informe del Estado de la Nación; pensé en que el único vehículo seguro para llegar a la Costa Rica que soñamos, es el de la Constancia. Ser constantes significa aplicar firmeza y perseverancia para ir adelante con los propósitos y las acciones. Es visualizar las metas y hacer lo necesario para poder alcanzarlas, transitando inclusive por los obstáculos y las dificultades siempre inherentes a los grandes proyectos.

Bien decía Séneca, que *nada es más contrario a la curación, que el cambiar frecuentemente de remedio...* Por ello, ser constantes no necesariamente es cambiar la receta; en realidad es seguir perseverando en el camino que como país nos hemos trazado; sin descanso, sin retroceso, pero también sin ignorar las alarmas y los ajustes propios en el rumbo, de quien recorre un trayecto largo y con muchas dificultades.

En América Latina, por ejemplo, hemos logrado consolidar regímenes democráticos, pero tenemos mucho que hacer todavía para lograr ciudadanías más plenas, sin las asimetrías económicas y sociales que tanto nos abruman como región. Y para cambiar esta realidad, debemos perseverar en el trabajo y ser constantes, porque las sociedades desiguales son necesariamente excluyentes, o como diría Amartya Sen, *son sociedades de una inclusión en condiciones de desigualdad*, donde los derechos humanos no cobijan a todos y la dignidad humana pareciera fragmentarse a capricho entre quienes más tienen, en detrimento de quienes tienen muy poco o simplemente carecen de absolutamente todo.

Nuestra región ha transitado desde el fracaso insostenible del Estado que muchos llamaron “engordado” e ineficaz al máximo, hasta el Estado estrecho y flaco de las últimas décadas... y entre esos extremos y vaivenes nos quedamos atrapados en un proceso de orden político y en un modelo de desarrollo, que puso en evidencia las dificultades y

carencias para construir los caminos de la inclusión social, el desarrollo verdadero y la democracia de nuestros pueblos.

En Costa Rica, la tónica no fue distinta. Hemos enfrentado esos problemas y al igual que algunos de nuestros países hermanos –lamentablemente aún no todos- hemos logrado salir adelante, aunque sin ignorar que la tarea de construir un país desde los paradigmas de la democracia, los derechos humanos, la inclusión social y el desarrollo humano, resulta siempre inacabada y exige un esfuerzo constante, si en realidad queremos -como diría la filósofa Hannah Arendt- alcanzar una ciudadanía plena, tal y como es nuestro derecho.

Hoy, al leer los resultados que nos ofrece el Decimosexto Informe del Estado de la Nación, no debemos caer en el pesimismo total, pero tampoco en la alegría absoluta. Ciertamente, existen algunas razones para la satisfacción, pero son más las que apuntan a la reflexión, a la cautela y sin duda, a la acción inmediata.

Tener un diagnóstico que subraya una sociedad sistemáticamente más desigual en la distribución de los ingresos, con una pobreza estancada y una mayor vulnerabilidad de nuestros recursos naturales -tan solo por citar unos ejemplos- no son acontecimientos para celebrar, pero sí son realidades sobre las cuales intervenir y seguir trabajando para generar cambios estructurales que en el mediano y largo plazo, ojalá impliquen su erradicación.

Esto no quiere decir de ninguna manera, que llevamos décadas sin hacer nada, en realidad significa que sí hemos avanzado, que nuestros esfuerzos como país han sido constantes, a veces lentos, y también decisivos; pero claramente todavía muy insuficientes y en eso debemos concentrarnos, no para dar pasos hacia atrás, sino para seguir adelante, porque la constancia es una cualidad que camina hacia delante y mira de frente el horizonte que trazó para construir.

De tal forma, el Informe que hoy se presenta, debe ser asumido como una invitación a la constancia en el trabajo por una sociedad más inclusiva y sin las apabullantes brechas que hoy posee. Nos dice que el año 2009 ha tenido signos modestos de recuperación; pero claramente “un signo modesto” jamás es suficiente y eso debe cambiar.

Dice también que el año en estudio tiene matices importantes y que el dictamen es positivo en términos de las posibilidades para una vida larga y sana, y en el acceso al conocimiento; pero es negativo en el acceso a vivienda digna y al desempeño en sociedad, sin peligros para la integridad física y patrimonial. Indica además, que la posibilidad de tener un ingreso digno tuvo resultados dispares, con mejoras en inversión social y salarios mínimos, pero con desmejoras en pobreza y desigualdad.

Lo anterior, nos señala que los avances existen, que estamos caminando con buen rumbo en importantes indicadores sociales y así debemos reconocerlo sin mezquindades, entuertos ni fanatismos. Pero también es cierto que nuestra búsqueda esencial, debe ser la consecución integral de los derechos humanos y eso es imposible de alcanzar en una sociedad con un acceso mediocre a la vivienda, con riesgos a su seguridad, a donde además persiste la pobreza y año tras año se amplía la desigualdad.

De tal forma, es claro que el camino aún es largo... que la constancia debe seguir perseverando y que el horizonte del desarrollo se vislumbra todavía en un lugar lejano, al que debemos aspirar en nombre de los derechos humanos y con ello, de ese axioma supremo que es el de la dignidad humana.

El informe nos dice que la estructura productiva del país logró adaptarse en el 2009 y salir adelante frente a choques económicos internacionales. Además, nos indica que en el contexto de una situación fiscal de superávit, se produjo mayor gasto y una fuerte expansión del empleo público; y que esas variables fueron utilizadas por el gobierno como una estrategia asociada al ciclo electoral.

Entonces, de nuevo nos ubicamos en el matiz entre lo positivo y lo negativo. Por un lado, tenemos ventajas y nos beneficiamos como país; y por el otro, utilizamos esas mismas prerrogativas para sortear réditos electorales que no necesariamente favorecen a todas y todos en el mediano y largo plazo, porque los proyectos de un país que aspira al desarrollo, jamás deben danzar en los inciertos vaivenes de la política partidista y del cortoplacismo.

Por otro lado, teniendo en cuenta los tres nuevos desafíos que se presentan en el informe de este año, sobre la evolución demográfica, la falta de sostenibilidad ambiental y el ámbito geopolítico; quisiera referirme a dos temas que a mi juicio, también presentan desafíos supremos, porque son problemáticas recurrentes en el tiempo y resultan por demás, de carácter esencial. Veamos.

El primero de ellos, es el tema conjunto del gasto social, la desigualdad y la seguridad. Se nos informa que el gasto social tiene un efecto redistributivo claramente mayor a inicios de la década, aunque insuficiente para contener las desigualdades que emergen del mercado laboral. Es decir, invertimos bastante pero no lo suficiente como para hacer una diferencia sostenida en el tiempo y mucho menos, para solventar contundentemente el problema.

De tal forma, -nos dice el texto del informe- el país tiene un estilo de desarrollo que le ha permitido mantener cuotas modestas de crecimiento económico, caracterizado por débiles encadenamientos sociales, productivos y fiscales, además de importantes debilidades que se han acentuado, como la desigualdad en la distribución del ingreso, que se profundizó durante el año 2009.

Valga rescatar de nuevo, que las últimas décadas no han sido de parálisis total. Como país hemos hecho mucho, pero también, es mucho lo que falta. Paulatinamente, año con año, ha existido una importante inversión social pública -de fuerte tendencia al aumento-, tanto sobre la pobreza como sobre la desigualdad social, pero ha sido insuficiente para solventar las brechas que produce la economía real. Es decir, cada día invertimos más y logramos menos avances para paliar una desigualdad que no cede, que afecta mayormente a las mujeres y más bien aumenta cada día.

De nuevo los matices entre lo bueno y lo que no es tan bueno. Por un lado, tenemos mayores capacidades porque mejoraron los indicadores como los de educación y salud, pero por otro, la desigualdad social aumenta significativamente, no podemos combatir decisivamente una pobreza que cada vez se nos acomoda con mayor fuerza y tampoco estamos en capacidad de solventar la amenaza a la seguridad ciudadana, la cual, resulta cada vez más aguda.

El otro tema, no menos preocupante y que camina a un golpe de tambor casi antojadizo, es el de la Huella Ecológica. Ya son varios informes del Estado de la Nación que se refieren a los problemas de la gestión ambiental, donde la inacción ante las debilidades estratégicas es cada vez más preocupante. Cada vez se agregan mayores dificultades en términos de la creciente competencia por el uso de los recursos naturales, normativas débiles y desorganizadas en la materia, problemas de gestión en la agenda gris... Y recientemente, se agrega que los conflictos se han comenzado ya a trasladar a zonas protegidas, lo que sin duda, compromete la conservación de nuestro patrimonio natural.

Esto significa que no estamos haciendo lo que nos corresponde para rescatar los recursos de los cuales dependemos. Somos un país que vende turismo y que percibe importantes ingresos por este concepto; invitamos al mundo a visitar nuestro enorme y diverso patrimonio natural, pero no estamos cuidándolo con la celeridad que deberíamos y eso debe cambiar pronto, o también muy pronto, será ya tarde.

Nos hace falta trabajo, constancia y algo de conciencia para entender que no podemos esperar más, que urge hacer un cambio y que lo actuado hasta el momento dista mucho de ser suficiente, porque la deuda ambiental que estamos creando es cada día más severa y con ello, más difícil se superar.

El diagnóstico que se nos entrega hoy, es un llamado a la reflexión; es una pausa, no para la crítica airada y sin soluciones, sino para tomar aire y seguir adelante. Es una alarma valiosa para fortalecer y acelerar el rumbo de lo que estamos haciendo bien; y es una señal que invita a ser más constantes en la superación de aquello que no está como debería y en lo que nos faltan mayores esfuerzos y voluntades.

Por otro lado, recordemos que el fortalecimiento de los derechos humanos, es el prisma a través del cual debe cruzar siempre la acción del Estado, es el horizonte al que deben apuntar todas las políticas públicas de un país, cuando se aspira a un verdadero desarrollo de las personas...

No es regalar porque los derechos no se regalan, tan solo se exigen... No es un asunto de dádivas, es una cuestión de derechos humanos y de crear las condiciones reales para que las personas puedan tener una vida digna.

Se trata, finalmente, de comprender que la presencia del Estado... –¡de nuestro Estado!- debe apostar a la constancia y a la eficacia de sus acciones, porque resulta determinante y estructural si queremos alcanzar el desarrollo; ya que como nos dice el connotado Premio Nobel de Economía, Amartya Sen: *“el proceso de desarrollo no consiste esencialmente en extender la oferta de bienes y servicios, consiste en ampliar las capacidades de la gente... y prestar más atención a crear y asegurar los derechos para poder convertirlos en capacidades”*.

¡Muchas gracias!